

Bandi

La acusación

Traducción de Héctor Bofill y Hye Young Yu

Primera edición, 2017
Título original: 고발 / *Gobal*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© 2014 by Bandi & Happy Unification Road
All rights reserved.
Publicado originalmente en Corea por Chogabje.com
Acuerdo negociado con Barbara J. Zitwer Literary Agency y SalmaiaLit.

© de la traducción, Héctor Bofill y Hye Young Yu, 2017
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Imagen de cubierta: Ivan Valovin / Alamy Stock Photo

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Avió Plus Ultra, 23
08017 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-17007-07-2
Depósito legal: B.9.685-2017
Impreso por Reinbook, serveis gràfics, S.L.
Impreso en España - Printed in Spain
Diseño de colección: Enric Jardí
Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

Índice

Nota del editor	8
A modo de prefacio	9
La fuga del norte	11
La ciudad del fantasma	43
Vida del caballo Tesoro	67
Tan cerca, tan lejos	93
La capital del infierno	121
El escenario	147
La seta roja	177
Al lector	223
Apéndices	225

La ciudad del fantasma

La víspera de la Fiesta Nacional, la ciudad de Pyongyang se hallaba en plena ebullición, algo que no era de extrañar teniendo en cuenta que solo faltaba un día para una celebración que llevaba tres meses preparándose.

En la estación de Pungnyeon, Han Kyeong-hui logró abrirse paso entre la multitud que abarrotaba el metro y se sentó en el último asiento libre del vagón. Debajo de la ciudad había tanta gente como en la superficie. Soldados, estudiantes universitarios, grupos de jóvenes obreros encargados de montar las figuras que se utilizarían durante la ceremonia, ciudadanos con ramos de flores, bachilleres de uniforme, chicos del Sonyeondan con bastón de mando que subían y bajaban de los vagones en cada estación como una marea... Por sus atavíos y por los enseres que llevaban, era fácil adivinar que se dirigían al ensayo general de la Manifestación del Millón, fiesta que se celebraría al día siguiente.

Al tiempo que se revolvió en el asiento con el fin de preservar el espacio que se iba estrechando por ambos lados, Kyeong-hui miraba con atención la cara de su hijo de dos años. Lo llevaba sentado sobre las rodillas,

casi comprimido entre el pecho y el maletín de la oficina. Con la mejilla aplastada contra su torso, el niño observaba a su alrededor con una mirada sombría, asustada y nerviosa. Cuando el tren se puso de nuevo en marcha dio la sensación de que el ambiente opresivo de calor y de ruido se iba disipando y se respiraba un poco mejor. Entonces, a Kyeong-hui le vino a la mente la voz de la profesora de la guardería, casi como si pudiera oírla elevándose por encima de la barahúnda. Por el aspecto y el vigor de ambas se decía que se parecían como si fuesen hermanas. La profesora le había puesto a su hijo en brazos y, delante de los demás padres, le había espetado:

— ¡Camarada encargada de la pescadería! ¡Camarada encargada! ¿Le has contado a tu hijo alguna historia sobre el Obi? ¡Sí! ¿Sobre el Obi que mete a los niños malos dentro de un saco para luego tirarlos al fondo del pozo? Durante la siesta el niño se ha despertado sudando, llorando y chillando: «¡Obi!, ¡Obi!». ¡Ah! ¿Cómo ha podido salir un niño tan débil de una madre tan grande y tan fuerte?

— ¡Ja, ja, ja! Si hubiese salido a mí no haría estas cosas, pero a lo mejor se parece a su padre solo por darle a usted la lata —dijo Kyeong-hui con una sonrisa forzada.

Kyeong-hui tenía treinta y cinco años y fama de ser una mujer valiente y de fuerte personalidad. Sin embargo, al escuchar la palabra «Obi» en boca de la profesora se estremeció. Lo cierto era que la profesora se había quejado del escándalo del niño sin darle mayor importancia, pero Kyeong-hui tuvo la impresión de que detrás del comentario se escondía algo más profundo.

Se preguntaba qué podría haber advertido la profesora en su hijo y por qué había mencionado precisamente la palabra «Obi». Sin embargo, al final se dijo: «¿Qué más da? ¿Qué importa ahora eso? ¡No sé por qué me preocupo por estas tonterías!».

No obstante, al bajarse en la estación de Sungli camino de su casa, Kyeong-hui no pudo evitar que le asaltaran de nuevo los mismos pensamientos. Al llegar a la plaza de Kim Il-sung pudo ver una multitud de patrullas ciudadanas en formación que ensayaban la aclamación al líder gritando «¡Viva!». En ese momento pareció que sus elucubraciones cesaban. Tras el gentío se divisaba la ventana de su casa, que se hallaba en la sexta planta del edificio número 5. Kyeong-hui tan solo debía cruzar la plaza para alcanzar el bloque de apartamentos, pero aquel día fue incapaz de hacerlo. No solo a causa de la multitud que estaba ensayando, sino también porque, al entrar en la plaza, el niño, ya de por sí alarmado por los incesantes gritos, se había sobresaltado al toparse de frente con el Obi: el retrato de Karl Marx situado a un lado de la plaza.

— ¡Ay, mocoso, eres débil como tu padre!

Mientras regañaba a su hijo, Kyeong-hui rodeó la plaza en dirección a la tienda de ropa infantil. «¡De verdad que eres igualito que tu padre, enclenque por dentro y por fuera como un brote de soja! ¿Cómo puedes ponerte a temblar así por un simple retrato?» De no ser por su marido, Kyeong-hui ya habría ido al hospital hacía tiempo para pedir algún tipo de tratamiento. Pero su marido, a pesar de todo, siempre la obligaba a callarse. Bien podía un niño de dos años asustarse con la imagen de Karl Marx, pero la cosa era más grave tra-

tándose del hijo de un *jidowon* del servicio de propaganda. Y todo ello sucedía, además, pensaba Kyeong-hui, durante los días en los que se estaba preparando la Fiesta Nacional. ¡Justo cuando todo el mundo estaba nervioso y dispuesto para obedecer y salir de casa en cualquier momento, incluso en plena noche! El marido de Kyeong-hui no quería llamar la atención y exponerse a que las autoridades tomaran medidas contra ellos. La cuestión era pasar como fuese la Fiesta Nacional, sin quebraderos de cabeza, y después ya se vería. Esa era la única solución que su marido había planteado para las fobias de su hijo.

A Kyeong-hui le pareció que de repente su hijo pesaba el doble. El cielo, de un azul claro después de unos días encapotado de nubes grises, comenzó a deshilacharse, agitado por un repentino viento del sur. Salió de la callejuela en la que se hallaba la tienda de ropa infantil, las hojas amarillas de sauce mezcladas con bolsas de plástico revoloteando a su alrededor, y se encontró con la avenida central como si fuese una bestia salvaje de crin erizada y a punto de rugir. Hileras de banderas a un lado y a otro de la avenida ondeaban con violencia. Por toda la ciudad colgaban enormes carteles con todo tipo de inscripciones que rezaban «¡Felicidades!» o «¡Commemoración!» y de las que se desprendían unos destellos cegadores. Los pitidos de los agentes de seguridad rechinaban agudos, poniendo a prueba los tímpanos de la gente. Un coche azul cruzó a toda velocidad la avenida dictando órdenes incomprensibles a través de un altavoz. Escuadrones de aviones despegaben y aterrizaron constantemente, y volaban en rasante rodeados de un fragor que provocaba temblores en las carreteras y

en los corazones de los convocados, a quienes espoleaban a avanzar más deprisa hacia un lugar desconocido.

Como el resto de los presentes, Kyeong-hui también caminaba a paso rápido, hasta que por fin llegó a su casa. Al entrar, desparramó los juguetes del niño por el suelo de la habitación.

— ¡Ay, mi precioso Myeong-sik! Vamos a jugar, ¿no? ¡Ching! ¡Ching! ¡Piu! ¡Piu!

Mientras el niño jugaba, ella corrió la cortina doble azul oscuro cubriendo la ventana. Su apartamento, en la sexta planta de uno de los edificios de la primera hilera de bloques, se orientaba hacia el sur y hacia el oeste. Desde una de las ventanas se divisaba el retrato de Karl Marx encaramado sobre el muro del edificio del Ministerio de Defensa, y desde otra, el retrato de Kim Il-sung colgado detrás del estrado instalado en la plaza. No era un buen momento para que los ojos de Myeong-sik contemplasen esos retratos, pero las imágenes no se podían esconder totalmente con las cortinas blancas de nailon, y los perfiles de las cabezas se insinuaban a través de la tela, aterrorizando todavía más al niño. Myeong-sik ya estaba asustado a causa del retrato de Marx que habían visto en la calle, y solo faltaba que nuevas pesadillas turbasen todavía más su imaginación.

Todo había empezado el sábado anterior, por la noche. En la plaza Kim Il-sung se celebraba una manifestación en la que los participantes expresaban su compromiso de organizar la Fiesta Nacional con mayor entusiasmo. La concentración se había convocado justo después de que la gente saliera del trabajo, ya que, como el tiempo se les echaba encima, era la mejor manera de reunir al mayor número posible de ciudadanos. Aquel

día el niño tenía gripe, y Kyeong-hui no tuvo más remedio que participar en el acto con su hijo colgado a la espalda. Myeong-sik había nacido débil y enfermaba muy a menudo. A juzgar por el calor que emanaba de su pequeño cuerpo, ardía de fiebre. Al grupo correspondiente al barrio de Kyeong-hui le habían asignado la primera fila, a la izquierda de la plaza, justo debajo del retrato de Karl Marx. Todavía no habían encendido las luces, y con los rayos del crepúsculo jalonando de rojo y negro el rostro y la enmarañada barba del retrato había suficiente como para atemorizar a cualquiera. Aquella visión fue la que sin duda le recordó a Kyeong-hui las frases con las que se inicia *El manifiesto comunista*, y que ella había leído cuando era estudiante en la universidad: «Un fantasma recorre Europa: el fantasma del comunismo». ¿Había escrito Marx, en realidad, una autobiografía? Aquella palabra, «fantasma», encajaba perfectamente con su retrato en aquel momento. No se trataba de la imagen de un ser humano, sino de la efigie de un espectro terrorífico. A lo mejor era la angustia por la salud de su hijo lo que provocaba la irrupción de tales pensamientos oscuros en su mente. Cuando el presentador agarró el megáfono e inició su discurso, el niño comenzó a berrear. Kyeong-hui sintió la necesidad de actuar con urgencia, ya que, aunque nadie a su alrededor protestara, imaginó que en el fondo todos censuraban que hubiese llevado a su hijo a un acto tan importante. Desplazó al niño de su espalda a su pecho y, atribulada, sin hallar otra solución, le murmuró: «¡Obi!», «¡Obi!». Pero el niño continuaba llorando. Entonces levantó a su hijo ante el retrato de Karl Marx sin dejar de susurrar «¡Obi!», «¡Obi!».

De repente el llanto cesó y Kyeong-hui se sintió un poco aliviada. Pero enseguida, inesperadamente, comprobó que Myeong-sik temblaba ardiendo como una bola de fuego. El niño hundió más su cabeza en el seno de Kyeong-hui.

—¡Myeong-sik! ¡Myeong-sik! ¿Qué te ocurre, hijo mío?

Kyeong-hui se asustó mucho. El niño tenía los ojos en blanco y le salía espuma por la boca. Afortunadamente, había un médico justo a su lado en la manifestación. De otro modo, la situación hubiese sido dramática.

Una vez en casa, Myeong-sik todavía sufrió un par de convulsiones más causadas por la visión del Obi, cuyo reflejo traspasaba la ventana del apartamento. Kyeong-hui podría haber impedido la segunda crisis si hubiese estado un poco más atenta. No solo tendría que haber corrido la cortina doble de la ventana que daba al oeste, sino también la de la ventana orientada hacia el sur, desde la que el niño, consternado por el pánico, todavía veía al Obi en el retrato de Kim Il-sung.

Al poco tiempo, sin embargo, Myeong-sik ya estaba jugando absorto con sus juguetes. Su madre había cerrado ya las cortinas dobles de las dos ventanas, aunque todavía se encontraba abrumada por la angustia. En todo momento le parecía oír la voz irritada de la responsable del Partido de su comunidad gritando: «¡Apartamento número 3 de la sexta planta!». Si eso sucedía de verdad, sería el tercer aviso, y esta vez la responsable del Partido no sería tan indulgente con el tema de las cortinas dobles.

—¡Apartamento número 3 de la sexta planta!

«¿No serán fantasías mías?»

— ¡Apartamento número 3 de la sexta planta!

— ¡Ah! ¡Sí! —respondió Kyeong-hui, primero balbuceando y luego con un tono un poco más suave.

— ¡Baja!

«En fin...»

Kyeong-hui cogió a su hijo en brazos, descendió por las escaleras y salió del edificio.

— Camarada encargada, ¿eso va a repetirse muchas veces?

Aunque ya pasaba de los cuarenta, la responsable del Partido todavía se pintaba los labios de rojo brillante y llevaba unas gafas sin graduación. Su voz era glacial.

— Lo siento, camarada responsable, de veras, pero...

— ¡Ya está bien! ¡Es la tercera vez! ¿Es que tengo que volver a decírtelo todo? —Y, pese a lo que acababa de preguntar, no tuvo reparos en volver a discutir el tema otra vez—. Camarada encargada, ¿tienes algún problema con las cortinas blancas de nailon? Habrá un buen puñado de invitados extranjeros durante la manifestación que pasa por nuestra avenida, de ahí que el Partido os haya permitido poner las cortinas blancas... aunque vosotros mismos las hayáis abonado...

— No, no es lo que usted piensa. Es que...

— ¡Mira, en todos los apartamentos se ven las mismas cortinas, solo en el vuestro destacan las otras!

La camarada levantó el dedo señalando las ventanas del apartamento de Kyeong-hui con una mirada colérica.

— No, como le acabo de decir, no es por eso...

— Siempre dices lo mismo, no es esto, no es lo otro... ¡No entiendo nada! Pero ¿qué tienes en la cabeza, camarada encargada? ¿Cómo puedes dirigir algo si siempre

te desvías de las actividades del grupo con tus extravagancias?

—¡Pero tampoco hace falta ponerse así! —protestó Kyeong-hui en voz baja, murmurando como un ratón.

—Ah, ¿no hace falta? —respondió la responsable del Partido con el ímpetu de un elefante—. ¿De verdad quieres que te lo enseñe?

Entonces la responsable del Partido agarró una libreta de información con la cubierta roja que llevaba debajo del brazo y empezó a pasar páginas a manotazos.

—Como estoy convencida de la lealtad de vuestra familia hacia el Partido te lo diré sin rodeos: «Apartamento número 3 de la sexta planta, edificio 5. Cada día, hacia las seis, cuando regresa del trabajo, y hasta la mañana, a la hora de volver a su puesto, despliega una cortina doble azul oscuro un poco sospechosa. Tal vez se trate de un código para comunicarse con alguien. Denuncia del 6 de septiembre».

La responsable cerró la libreta al mismo tiempo que levantaba la mirada y continuaba hablando con Kyeong-hui.

—¿Te parece que este tipo de denuncia solo me ha llegado a mí, a la responsable del Partido en la comunidad? ¿Todavía crees que no hace falta que me ponga así?

Kyeong-hui se quedó estupefacta durante unos instantes, aunque enseguida le pareció que un peso insoportable le oprimía el pecho. Como era una persona abierta y tolerante tenía la suficiente paciencia como para controlar sus impulsos, pero cuando se traspasaba un determinado límite sus arrebatos se duplicaban en intensidad.

—¿Un código para comunicarse con alguien? ¡Ja, ja, ja! —estalló Kyeong-hui con grandes carcajadas—. ¡Ja, ja, ja!

No podía reprimir el ataque de risa.

—¡Mamá! —se oyó la vocecita amedrentada del niño en sus brazos, consternado por las carcajadas de su madre.

Entonces fue la responsable del Partido la que puso los ojos como platos.

—Mire, se lo contaré todo —dijo Kyeong-hui levantando a su hijo en brazos con una voz repleta de confianza.

Con la risa catártica todas sus preocupaciones se habían empequeñecido y tamizado, de forma que solo quedaba en su interior un orgullo duro como una roca. A fin de cuentas, ¿de qué debía tener miedo?

Ya en el primer año de escuela, cuando ella era una niña con la melena cortada en forma de casco, llevaba el brazalete de tres rayas rojas propio de los delegados del grupo. Después, en la época universitaria, y más tarde, cuando empezó a trabajar, todo el mundo creyó a pies juntillas en su liderazgo. Sin duda jugaban a su favor sus antecedentes familiares y la retahíla de parientes fusilados por los surcoreanos durante la guerra civil. En cuanto a su marido, aunque no parecía gran cosa, se había formado en una prestigiosa academia revolucionaria. ¡No hacía falta que él, aunque introvertido y sufridor, se preocupase tanto por las minucias del crío! Que al pequeño le asustase la cara de Marx no significaba que sus padres estuviesen en contra de sus ideas.

—Por cierto... ¡Ja, ja, ja! ¿Hay algo peor que ser acusado de espía?

Mientras Kyeong-hui intentaba reprimir la risa, le explicó otra vez a la responsable del Partido todo lo sucedido con su hijo: lo del día de la concentración en la

plaza y el ataque que había sufrido hasta que había corrido las cortinas dobles.

—Pero entonces... ¿por qué cierras también la cortina de la ventana del otro lado?

—Porque por el otro lado se ve el retrato del Gran Líder, al fondo del estrado.

—¿Y?

—Pues que, como se suele decir, «al niño que le da miedo el caparazón de la tortuga también se lo da la tapa de la marmita».

Y entonces Kyeong-hui continuó explicando cómo Myeong-sik también había tenido una pequeña convulsión al ver el retrato de Kim Il-sung.

—¿Qué? ¿También ha sucedido con el retrato del Gran Líder?

La montura de las gafas de la responsable del Partido parecía reverberar con las chispas que emanaban de sus ojos, pero Kyeong-hui, segura de sí misma, no le dio ninguna clase de importancia.

—En definitiva, que se trata solo de esto, y por ello pido correr la cortina doble. No puedo estar todo el rato pendiente del niño y tampoco lo puedo encerrar en un desván. ¿Qué le vamos a hacer? Tal vez mañana, durante la ceremonia, pueda dejar las cortinas abiertas.

—¡No! —cortó en seco la responsable del Partido, antes de proseguir a trompicones en un tono muy agresivo—: ¡Esto ya no es un problema de cortinas dobles, esto afecta al corazón de la ideología única de nuestro Partido! ¿Acaso no sabes, camarada encargada, que, al final, de lo que se trata con la manifestación es de mostrar fidelidad a nuestra ideología? ¡Venga! ¡No tengo nada más que decir!

Kyeong-hui intentó replicar, pero la responsable del Partido ya se había alejado, como un águila con la presa entre las garras, en dirección al cine que se hallaba junto a la Puerta del Este. Dos horas más tarde, las cortinas dobles de casa de Kyeong-hui estaban descorridas, pero no las había abierto ella.

Kyeong-hui estaba preparando la cena, malhumorada, mientras pensaba en el último comentario hiriente de la responsable del Partido, cuando llegó su marido, un poco antes de lo que era habitual.

—Pero ¿se puede saber por qué has cerrado otra vez las cortinas, mujer, eh? ¿Por qué?

Su marido le gritaba desde la puerta de la cocina, aparentemente sin atreverse a cruzar el umbral. Sus cejas negras, arqueadas en un ángulo obtuso, parecían todavía más negras en contraste con su rostro pálido.

—¿Qué pasa hoy que todos me riñen?

Kyeong-hui frunció el ceño. Estaba cortando una berenjena mientras intentaba dirigir palabras tranquilizadoras a su hijo, que jugaba en la habitación contigua.

—¡Es que me pones de los nervios!

Él se dio la vuelta, abrió bruscamente las cortinas de ambos lados y apareció en la cocina con su hijo en brazos.

—Te lo he dicho tantas veces... ¿Y todavía no te entra en la cabeza? Si acabaras de llegar del pueblo todavía tendrías excusa, pero llevas suficiente tiempo en la ciudad como para saber cómo funciona Pyongyang.

De repente, el marido, como si se hubiese deshinchado, se sentó en cuclillas sobre el pequeño escalón que separaba la cocina de la habitación, sin dejar de mirar a Kyeong-hui.